

LIBRO II

RIQUEZA

CAPITULO I

Los compañeros de viaje

La obscuridad de una noche de otoño comenzaba á extenderse lentamente sobre los más altos picos de los Alpes.

Era la época de la vendimia en los valles del Paso del Gran San Bernardo, por la parte de Suiza, y en las orillas del lago de Ginebra; la atmósfera estaba cargada de las emanaciones de la uva recogida; y en las estrechas calles montañosas del pueblo, las banastas y barriles, llenos del sabroso fruto, cerraban casi el paso.

El día había sido magnífico, con una atmósfera tan despejada, que los habitantes pudieron divisar lejanos campanarios que no solían ver con frecuencia, y las nevadas cumbres de las montañas que se destacaban claramente en el horizonte elevándose á increíble altura. Varios picos célebres que durante meses enteros no se podían distinguir desde el valle,

tan altos, que cuando la obscuridad de la noche ocultaba ya su base, iluminaban su cima con un tinte purpúreo los últimos rayos del sol poniente, divisábanse ahora en su aislamiento, semejantes á gigantescos fantasmas, dominando la región de las sombras.

La obscuridad, subiendo más rápidamente que algunos viajeros montados en mulas, había alcanzado ya las altas paredes del convento; y así como al calor del día sucedía el frío penetrante del aire enrarecido de las montañas, del mismo modo á los verdes campos de la llanura seguía un paisaje árido y triste. Los viajeros avanzaban por un sendero muy escabroso, bordeado de precipicios, á lo largo de los cuales los mulos trepaban de una á otra peña, cual si subieran por los escalones desgastados de una gigantesca escalera.

Los cuadrúpedos, fatigados por tan larga y penosa ascensión, proseguían su marcha lentamente por la escabrosa senda. Delante iba el guía, con su sombrero de anchas alas, su férreo palo al hombro, y conduciendo de la brida el primer mulo, lo cual no le impedía hablar con uno de sus camaradas. En cuanto á los viajeros, iban silenciosos, pues el cansancio y el frío glacial de aquella región no eran muy á propósito para inducirlos á conversar.

Por fin, desde la cima de la escabrosa pendiente una luz súbita iluminó la nieve, atravesando la espesa bruma; los guías estimularon á sus cuadrúpedos, que erguían las orejas; y los caminantes hallaron otra vez el uso de la palabra, al ver que llegaban á las puertas del convento. Huyendo de la confusión exterior, que se calmó poco á poco, á medida que se instalaban las caballerías en la cuadra, los viajeros se apresuraron á franquear la escalera, tiritando de frío, para penetrar en el hospitalario asilo.

En el interior del convento veíanse largas galerías abovedadas, enormes pilares de cal y canto, anchas escaleras y gruesos muros con ventanas semejantes á troneras, fortificaciones levantadas para resistir los terribles huracanes de la montaña, tan temibles como otros tantos sitiadores, cuyo asalto era preciso rechazar.

En tal edificio fué donde los recién llegados se reunieron alrededor de la chimenea, cuando dos jóvenes monjes les hubieron indicado sus habitaciones. Los viajeros formaban tres grupos distintos; el primero, el más numeroso é importante, y que alcanzó por el camino el segundo, componíase de una dama de cierta edad, de dos caballeros de cabello gris, dos

señoritas y su hermano. Estos viajeros de distinción iban seguidos, sin contar cuatro guías, de un correo, dos lacayos de á pie y dos camareras. El grupo que les había dado alcance, prosiguiendo la ruta en su compañía, reduciase á tres personas, una señora y dos caballeros; y el último, en fin, que había precedido á los demás, se componía de un profesor alemán y dos discípulos suyos.

Las personas que formaban estos tres grupos se habían sentado cerca del fuego, y mirábanse con bastante indiferencia, esperando la hora de cenar. Uno solo de los viajeros, perteneciente al grupo más reducido, parecía dispuesto á entablar la conversación, y deseoso sin duda de generalizarla, dirigió á sus dos compañeros algunas palabras que eran una indirecta al jefe de la tribu más importante, como para inducir á éste á contestar, diciendo entre otras cosas que el día había sido muy fatigoso para las damas, sobre todo para una señorita que al parecer no estaba acostumbrada á vencer las dificultades que ofrece una marcha penosa. Como esta primera tentativa no surtiese el efecto apetecido, el viajero acabó por llamar la atención del padre diciéndole que esperaba que la señorita se habría repuesto del cansancio, sin lamentarse de las molestias pasadas.

—Le agradezco á usted su buena voluntad, caballero—contestó el padre;—mi hija se ha repuesto completamente, y se complace mucho en admirar las bellezas del paisaje.

—Sin duda no estará acostumbrada á las montañas—dijo el viajero.

—No... ¡hem!... seguramente que no.

—Mas para usted, sin duda no tendrán nada de nuevo.

—No... ¡hem!... nada es verdad... aunque no he viajado mucho en estos últimos años—replicó el padre con ademán majestuoso.

El viajero insinuante, después de contestar con un saludo, dirigió la palabra á la mayor de las señoritas, manifestándole que esperaba no le habría molestado mucho la última parte del camino.

La joven contestó que le había fatigado un poco el paso de su mula, pero que no estaba cansada; y que lo que más sentía era no haber podido llevar consigo hasta aquel sitio inaccesible muchos objetos necesarios que había sido indispensable dejar con los coches en Martigny.

Efectivamente—repuso el viajero;—este sitio es tan sal-

vaje que no se encuentran por lo regular las cosas más necesarias.

La dama de cierta edad y de refinados modales intervino entonces en la conversación, diciendo:

—Hay otros muchos sitios dignos de visitarse, y cuyas bellezas no compensan, tanto como las que hemos admirado, el trabajo de llegar á ellos.

—¡Oh! no me quejo, señora General—contestó la mayor de las señoritas, con indiferencia.

Durante este diálogo, el hermano de las dos señoritas, que se había levantado para examinar un piano, acercóse otra vez al fuego con paso indolente, y murmuró:

—Esos criados tardan mucho en servir la cena. ¿Qué diablos pensarán darnos?

—Supongo que no nos traerán ningún hombre asado—replicó el compañero del viajero insinuante.

—Así lo creo. ¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir que no está usted destinado á figurar en la lista de los platos, por lo cual le rogaría desde ahora que no se tostase usted delante del fuego, del que todos debemos participar.

Esta contestación desconcertó al joven, que se había plantado con toda comodidad delante de la chimenea, para recoger todo el calor; ya parecía dispuesto á pedir una explicación, cuando se echó de ver, pues todas las miradas estaban fijadas en él, que la hermosa joven sentada á su lado, estaba desvanecida.

—Creo—dijo el joven,—que lo mejor sería llevarla desde luego á su habitación. ¿Quieren ustedes pedir una luz y llamar á alguien que me enseñe el camino? Con tantas galerías y corredores, es muy probable que no encontrase mi cuarto.

—Permítame usted llamar á mi camarera—dijo la mayor de las señoritas.

—Con el permiso de usted le daré de este vaso—añadió la más joven, que no había abierto la boca aun.

Cada cual hizo lo que decía, y así no faltaron auxilios á la enferma. El caballero dió las gracias, y pasando el brazo de su esposa alrededor de su cuello, levantóla y se la llevó.

El amigo del que acababa de salir comenzó entonces á pasearse de un lado á otro de la habitación, retorciéndose las guías de su bigote negro, cual si esperase que el joven del lente le pidiera una satisfacción; pero como éste permaneciera

inmóvil en un ángulo de la sala, su padre interpeló al amigo del ausente, diciéndole con cierta altivez:

—Me parece que el compañero de usted es algo vivo de genio, y que esto le hace olvidar lo que debe á... ¡hem!... pero no quiero decir más.

—Es posible, caballero—replicó el otro;—pero como he tenido el honor de conocerle en Ginebra y hemos emprendido después varias excursiones juntos, constándome que es todo un caballero, no toleraré que se diga nada en su agravio... ni aun por una persona del rango de usted.

—No ha sido mi intención agraviarle al decir que es un poco vivo de genio. Sólo hice al observación para advertirle que mi hijo, que por su cuna y su nombre es acreedor al título de caballero, se habría separado de la chimenea apenas le hubiesen dirigido una indicación en términos convenientes, porque en esta circunstancia todos somos iguales.

—Muy bien—replicó el amigo del ausente,—ruego á usted ofrezca á su hijo en mi nombre la expresión de mi respeto; y dando por terminado este incidente, le diré, con franqueza, que mi amigo es á veces algo sarcástico y mordaz.

—¿Es su esposa la señora que le acompaña?

—Sí, señor.

—Es lindísima.

—En efecto, llama la atención por su belleza. Todavía no hace un año que se casaron, y por lo tanto su viaje es el de la luna de miel, á la vez que tiene algo de artístico.

—¿Es artista su amigo?

—Sí, señor; y además hijo de muy buena familia, aunque á juzgar por alguna de sus palabras, debo creer que se haya indispuerto con sus parientes por espíritu de orgullo ó por viveza de genio.

—De todos modos—repuso el caballero anciano, como para cambiar de conversación,—espero que el malestar de esa señora no será cosa de cuidado.

—Así lo deseo yo también.

—Sin duda será efecto de la fatiga.

—No, señor; hay algo más, pues ha de saber usted que esta mañana la mula de esa señora dió un paso en falso, haciéndola saltar de la silla; la caída fué ligera, puesto que la dama se levantó por su pie, y adelantóse á nosotros sonriendo; pero después se quejó de dolor en un costado, y hablamos de ello varias veces mientras subíamos la montaña.

Con esto dió fin el diálogo y volvió á reinar el silencio en la sala hasta que llegó la hora de cenar.

Antes de servirse el primer plato, presentóse un joven monje (todos parecían serlo en aquel convento,) encargado de cuidar que no faltase nada á los viajeros, y poco después entró en la sala el artista, que fué á ocupar tranquilamente su asiento, sin recordar al parecer las palabras que se habían cruzado con el joven del lente.

Durante la cena, que se prolongó bastante, hablóse, como era natural, de las peripecias del viaje, y después de la utilidad de los perros del San Bernardo, que tan grandes servicios prestaban á veces á los viajeros extraviados en la montaña, cuando la cubrían las nieves del invierno.

Levantados los manteles, el caballero de aspecto majestuoso volvió á colocarse delante del fuego; y como hacía bastante frío á cierta distancia de la chimenea, los demás no tardaron en acercarse, para tostarse un poco antes de irse á dormir. El joven monje saludó á todos, deseándoles muy buenas noches; mientras que el viajero insinuante se colocaba en medio del grupo para aprovechar el calor del fuego y servir á cada cual un vaso de vino caliente, que había pedido de antemano para sí y sus compañeros.

En este instante, la más joven de las señoritas, que desde su obscuro rincón había escuchado cuanto se decía de la dama ausente, salió con mucho silencio, y cuando hubo cerrado la puerta, como no sabía hacia qué lado dirigirse, recorrió al azar algunos pasadizos y llegó á una sala donde los criados se disponían á cenar. Allí pidió una luz, preguntando dónde se había alojado la señora indispueta.

La habitación se hallaba un piso más arriba, y fué preciso subir por la escalera grande. En las paredes, blancas y desnudas, veíase acá y allá una pequeña reja, asemejándose en esto el convento á una prisión. La puerta de la celdilla de la señora estaba entornada, y como la joven llamase dos ó tres veces sin obtener contestación, resolvióse á entrar.

Completamente vestida, y cubierta aun con las mantas y los chales que se echaron sobre ella para preservarla del frío al volver de su desmayo, la dama parecía dormir. En el alféizar de la ventana una lamparilla alumbraba escasamente aquella habitación abovedada. La joven se acercó con timidez al lecho y preguntó en voz baja:

—¿Se encuentra usted mejor?

La viajera dormía seguramente, y no bastó para despertar-

la la dulce voz de la visitante, que permaneció inmóvil junto á la cabecera mirando á la dama con la mayor atención.

«¡Es muy linda!—murmuró;—jamás había visto tan hermosas facciones. ¡Ah! ¡no soy yo como ella!»

La reflexión era algo singular, pero debía tener algún sentido oculto, por cuanto los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

«Ya sé que no me engaño; ya sé que á ella fué á quien se refirió la tarde en que sin quererlo me hizo tanto daño; podría equivocarme en cualquier otra cosa, mas no en ésta, ¡oh, no!»

Con su pequeña mano, la joven apartó un bucle de cabellos que cubría en parte la frente de la dama, y murmuró en voz más baja todavía:

«Me agrada contemplar lo que tanto ha debido conmover á mi pobre amigo.»

En aquel momento, la durmiente abrió los ojos y se estremeció.

—No tema usted nada, señora—dijo la joven;—soy una de las viajeras que estaban abajo, y sólo he venido á preguntar á usted cómo está y si puedo servirla en algo.

—Creo que ya tuvo usted la bondad de enviar sus criados...

—No fui yo, sino mi hermana. ¿Siente usted alivio?

—Estoy mucho mejor; esta contusión es poca cosa, aunque me causa un aturdimiento que me hizo perder el sentido; el dolor que experimentaba ha cedido ya casi por completo.

—¿Quiere usted que le haga compañía un rato hasta que venga alguien?

—Se lo agradeceré mucho, porque esto está muy solitario; pero temo que se resienta usted del frío.

—Es cosa que no me atemorizó nunca; soy más fuerte de lo que parezco.

Al pronunciar estas palabras acercó al lecho una de las dos toscas sillas que había en la celda; mientras que la viajera se apresuraba á cubrir en parte á la joven con una manta, rodeándole el cuello con su brazo.

—Es usted tan solícita enfermera—dijo la dama sonriendo, —que no parece sino que la han enviado de mi casa para cuidarme.

—Es usted muy amable.

—Y usted muy bondadosa. No me he despertado antes sin duda porque soñaba en el hogar paterno, en mi infancia y en mi juventud... antes de casarme.

—Y antes de alejarse tanto de él—añadió la joven.

—¡Oh! ya me había alejado más en otra ocasión; pero entonces iba conmigo lo mejor de la casa, y no eché de ver que me faltase cosa alguna. Ahora poco, antes de dormirme, parecióme estar un poco abandonada, y he notado cierto vacío, por no tener aquí lo que he dejado en la casa paterna.

La hermosa dama pronunció estas palabras con una entonación tristemente afectuosa y llena de sentimiento.

—Una extraña casualidad—dijo la joven,—nos reúne al fin bajo esta manta con que usted me abriga, pues yo creo que hace ya algún tiempo que la busco.

—¿Que usted me busca?

—Sí; me parece que tengo aquí un billetito que le debía entregar cuando la encontrase. Hele aquí; á menos de engañarme mucho, debe ser para usted... ¿No es así?

La dama tomó el billete, haciendo una señal afirmativa con la cabeza, y leyó su contenido, mientras que la joven la miraba fijamente. La carta era muy corta; la enferma se ruborizó un poco, acercó sus labios al rostro de la visitante y estrechó su mano.

—Me dice—murmuró la dama,—que la amiguita á quien me recomienda será un consuelo para mí algún día; y ahora veo que tiene razón, porque usted me consuela desde nuestro primer encuentro.

—Tal vez—repuso la joven con cierta vacilación,—ignora usted mi historia. ¿No se la dió á conocer nunca?

—No.

—Es natural. ¿Para qué había de contársela?... Hoy no tengo ya derecho para referírsela yo misma, porque me han rogado que la calle; pero no tiene gran interés, y sólo serviría para explicarla, porque deseo que á nadie hable de esta carta. Usted ha visto ya á mi familia, y por eso le advertiré que algunos de los míos... no diría yo esto á todo el mundo... son algo orgullosos y tienen ciertas preocupaciones.

—Voy á devolver á usted la cartita—replicó la dama,—pues de lo contrario, mi esposo podría encontrarla por casualidad. ¿Quiere usted guardarla en su corsé, para que no se pierda?

La joven lo hizo así; y en el mismo instante oyéronse pasos en la galería.

—He prometido escribirle tan pronto como la encontrase á usted—dijo la joven,—y debo decirle si es feliz y está contenta. ¿Puedo asegurárselo en nombre de usted?

—¡Sí, sí, sí, sí! puede usted decirle que soy feliz y que es-

toy buena, dándole las más afectuosas gracias de mi parte y añadiendo que no le olvidaré jamás.

—Muy bien; mañana por la mañana espero ver á usted otra vez, y también más tarde, porque seguramente volveremos á encontrarnos. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches; gracias, querida amiga!

Las dos viajeras estaban algo agitadas en el momento de despedirse; la visitante supuso que era el marido de la enferma quien se acercaba; pero en su lugar encontró al viajero que se había limpiado el bigote con un pedazo de pan.

Al oír pasos tras de sí volvió la cabeza, y como hombre cortés, apresuróse á coger la luz de manos de la joven y alumbrola por la escalera, acompañándola hasta el refectorio. La visitante, sin embargo, apenas podía disimular el sentimiento de temor que le inspiraba aquel hombre, cuya sola presencia le produjo desde la primera vez que le vió una impresión desagradable. Antes de cenar, la joven se preguntó varias veces si no había encontrado ya aquel individuo en alguna otra parte.

Los cansados viajeros se habían recogido en sus respectivas habitaciones, excepto el padre de la joven, que dormitaba en su silla cerca del fuego. El viajero insinuante acababa de bajar de su cuarto con un frasco de aguardiente, y ocupábase en mezclar el contenido con la bebida que aún quedaba.

—¿Me será permitido preguntar—dijo al viajero del cabello gris,—si se dirige usted á Italia?

El interpelado, que acababa de despertar y se disponía á retirarse, contestó afirmativamente.

—Yo también—repuso el bebedor,—y por lo tanto espero tener el gusto de ofrecer á usted mis respetos á la vista de un paisaje más bello y en un clima más templado que el de estas sombrías montañas.

El caballero saludó con bastante sequedad.

—Nosotros los hidalgos pobres—continuó el viajero, limpiándose el bigote con el dorso de la mano, pues le había humedecido en su mezcla de vino y aguardiente,—no podemos viajar como príncipes, mas no por eso apreciamos menos la cortesanía y la buena educación. ¡A la salud de usted, caballero!

—Gracias, no acostumbro...

—¡A la salud de su amable familia... de esas encantadoras señoritas!

—Repito las gracias... Buenas noches... Hija mía... ¿están ahí los nuestros?

—Todos esperan, padre.

—¡Permítame usted!—exclamó el viajero insinuante, adelantándose presuroso para abrir la puerta, mientras que el caballero anciano ofrecía el brazo á su hija.—¡Que ustedes pasen buena noche! Hasta mañana, si tengo el gusto de verlos.

«¡Vamos! murmuró el viajero cuando estuvo solo, puesto que todo el mundo se retira á dormir, preciso será hacer lo mismo; pero me parece que aunque no nos acostásemos hasta dentro de dos horas, todavía fuera la noche demasiado larga en medio de este silencio glacial y de tan triste soledad.»

Al inclinar la cabeza hacia atrás á fin de apurar el contenido de su vaso, la mirada de aquel hombre se fijó en el registro de los viajeros, que estaba abierto sobre el piano junto al tintero y las plumas, como si los demás se hubieran inscrito durante su ausencia; acercóse para mirar, y leyó los nombres siguientes:

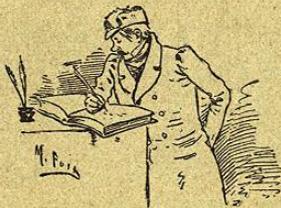
Don Guillermo Dórrit, don Federico Dórrit y don Eduardo Dórrit. Señorita Fanny Dórrit, señorita Amy Dórrit, señora General y su servidumbre, dirigiéndose desde Francia á Italia.

Don Enrique Gowan y su señora, dirigiéndose desde Francia á Italia.

El viajero insinuante tomó una pluma, y con una letra muy pequeña escribió debajo de los citados nombres, terminando con un rasgo que parecía encerrarlos á todos:

Blandois, de París, dirigiéndose de Francia á Italia.

Satisfecho de su obra, el viajero cogió la luz y dirigióse á la celdilla que le había sido destinada.



CAPITULO II

La señora General

Es indispensable dar á conocer al lector la señora que ocupaba en el acompañamiento de la familia Dórrit una posición de bastante importancia para que creamos deber inscribir su nombre en el libro de los viajeros.

La señora General era hija de un dignatario de la Iglesia, y había sabido conservarse mujer á la moda hasta muy cerca de los cuarenta y cinco, sin que esto le valiera un solo aspirante á su blanca mano. En este período de su vida, no obstante, un intendente militar, ya setentón, cuya severidad era proverbial en el ejército, enamoróse de la dama, sin duda por su carácter grave, pidió su mano, y aceptada la proposición de casamiento, la señora General pudo seguir figurando; mas por desgracia, el intendente murió pronto. Después de enterrado, con todos los honores debidos á su clase, la viuda quiso saber cuanto metal y polvo de oro habría dejado el difunto en manos de su banquero; y sólo entonces descubrió que había

sido engañada, pues la renta que el intendente hizo creer que poseía era imaginaria; de modo que apenas le quedaba lo necesario para vivir.

En tal estado de cosas, la señora General pensó que podría ocuparse sin desdoro en la educación de alguna señorita de calidad; y que tampoco se rebajaría ofreciendo sus servicios como acompañante á una rica heredera ó á una viuda, para dirigirla en el intrincado dédalo de la sociedad. Consultados sus parientes clericales y militares sobre el proyecto, todos lo aprobaron con tal unanimidad, que á no ser por el mérito incontestable de la dama, hubiérase creído que deseaban desembarazarse cuanto antes de ella. Por esto, sin duda, obtuvo muy pronto numerosos certificados que la representaban como un conjunto de perfecciones, como un dechado de virtud, de piedad, de saber y de buen tono.

Delegada por la Iglesia y el Estado, si tal podemos decir, la señora General encontró al fin un viudo que, teniendo una hija de catorce años, entabló negociaciones con la dama; y como ésta sabía arreglarse de modo que pareciese que todo el mundo la buscaba, sin que ella solicitase nunca ninguna colocación, el viudo acosó á la señora General hasta que hubo consentido en encargarse de la educación de su hija. Este cargo ocupó á la viuda siete años, durante los cuales dió la vuelta á Europa, visitando la mayor parte de aquellas maravillas que las personas ilustradas deben ver por los ojos de otro más bien que por los suyos. Cuando la señorita estuvo bien educada, no sólo se concertó su casamiento, sino también el del viudo; y como á éste le pareciese que la señora General era ya tan costosa como incómoda, comenzó á elogiarla de tal manera siempre que se le ofrecía oportunidad de transmitir á otro aquel tesoro, que al fin se desprendió de él, acrecentando al mismo tiempo su reputación.

Este fénix se hallaba sin ocupación cuando el señor Dórrit, que acababa de tomar posesión de su herencia, escribió á sus banqueros diciéndoles que deseaba encontrar á una señora de buena familia, instruída y familiarizada con la buena sociedad, para terminar la educación de sus hijas, sirviéndolas de aya.

El señor Dórrit recibió al punto las señas de la señora General, y marchó sin pérdida de tiempo al condado donde ésta vivía, y habiendo solicitado una entrevista de la viuda, parecióle dama muy superior á cuanto podía esperar.

—¿Me será permitido preguntar á usted, señora... ¡hem!... qué suma...?

—Si he de hablarle francamente—interrumpió la señora General,—quisiera no contestar á esta pregunta, pues nunca he hablado sobre el asunto ni aun á mis amigos, y no me es posible, señor Dórrit, vencer la repugnancia que semejante cuestión me inspira. Supongo que ya sabrá usted que yo no soy una aya.

—Aseguro á usted que nunca he supuesto cosa semejante.

La señora General saludó con su gravedad acostumbrada y repuso:

—No puedo, por lo tanto, poner precio á un servicio que tendría el mayor gusto en dispensarle, y que en mi concepto no sería posible prestar en cambio de una simple retribución pecuniaria. Además de esto, yo no sé cómo hallar una posición análoga á la mía, que es excepcional.

—Sin duda; ¿pero cómo he de saber á qué atenerme sobre este punto?

—Yo no me opongo...—repuso la señora General,—aunque esto sea muy desagradable para mí... á que el señor Dórrit pregunte á mis amigos, en confianza, cuál es la suma que tienen costumbre de depositar cada trimestre en casa de mi banquero.

El señor Dórrit se inclinó sin decir palabra.

—Permítame usted añadir—continuó la viuda,—que yo no hablaré más de este asunto; y al mismo tiempo debo prevenirle que no aceptaré ninguna posición inferior ó secundaria. Si he de tener el honor de ser presentada á la familia del señor Dórrit, no puedo aceptar sino bajo el pie de la más perfecta igualdad, como compañera, protectora y amiga. Creo que usted me habló de dos señoritas...

—Sí, dos—repitió el señor Dórrit.

—Entonces—prosiguió la viuda,—será necesario agregar una tercera parte más á la suma que mis amigos acostumbran á depositar en manos de mi banquero.

El señor Dórrit se apresuró á pedir informes sobre esa delicada cuestión al caballero viudo, y habiendo sabido que éste acreditaba á la señora General trescientas libras esterlinas al año, dedujo, sin necesidad de hacer ningún cálculo complicado, que debería pagar cuatrocientas libras por los servicios de aquella señora. Además de esto, como la viuda era uno de esos artículos superiores que nunca se pagan demasiado caros, el señor Dórrit solicitó el favor de considerarla como

uno de los individuos de la familia; y he aquí por qué la encontramos en el convento del Gran San Bernardo.

El exterior de la señora General, comprendidas las faldas que entraban por mucho en la configuración de su persona, no dejaba de ser imponente, y hasta se pasaba de corpulento. Su rostro y su cabello tenían un aspecto algo harinoso, como si la dama acabase de salir de un molino; pero esto se debía más bien al exceso de creta que entraba en la arcilla terrestre de su construcción, que no á la costumbre de adobarse la tez. Los ojos carecían de expresión, sin duda porque la dama no tenía nada que expresar; y si en el rostro no se notaban muchas arrugas, esto consistía seguramente en que la señora General no había trazado nunca su nombre ni otra inscripción cualquiera en aquella fisonomía distinguida. Era una mujer fría, apática, abotargada, una especie de cirio apagado, que probablemente no se había encendido jamás. Por su instrucción, la dama distaba mucho de ser una notabilidad; pero en cambio era muy escrupulosa en cuanto se refiriese al decoro social.



CAPITULO III

El camino

A la mañana siguiente un sol brillante deslumbraba la vista; ya no nevaba; habíase disipado la bruma; y el aire de la montaña era tan puro y ligero, que al respirarlo creíase recobrar nueva vida. Para mayor ilusión, la misma tierra parecía haber desaparecido, pues la montaña, majestuoso desierto donde se elevaban inmensas moles blancas, asemejábase á una región de nubes flotando entre el azul del cielo y la lejana tierra.

Algunos puntos negros destacándose sobre la inmensa alfombra de nieve, indicaban los diversos sitios donde los hermanos abrían senderos; los mozos se ocupaban activamente en cargar los mulos; y por donde quiera oíanse los gritos de los guías y de los jinetes. Los viajeros más madrugadores habían emprendido ya la marcha por la inmediación del lago sombrío que se divisaba desde el convento; y á lo largo de la vertiente que nuestros viajeros escalaran la víspera, veíanse figuras de hombres y de animales, que en medio de aquel